

jugó los ojos con el envés de la mano y preguntó:—¿Por qué no le han puesto la sal en la boca?

Tuvieron que darle razones y explicárselo: era un bautizo de necesidad, que no se podía hacer por completo, porque no se estaba en la iglesia y que se completaría en América; que estuviese tranquila; el sacramento era válido lo mismo.

Entonces besó con expresión al niño, se tranquilizó, dió las más sinceras gracias y todos salieron.

Llovía ya fuerte. Sin embargo, al pequeño cortejo, seguido del garibaldino, le costó trabajo abrirse paso por entre el gentío para llegar hasta el camarote de segunda; el jorobadillo tuvo varias veces que abrir camino con los codos, y al niño gemelo se le quitó la vela; todos querían ver, no al recién nacido, sino quiénes eran el padrino y la madrina, para formarse una idea de la importancia de los regalos que tocarían á la afortunada parida. Al ver á la señorita, algunos palmoteaban. De repente se oyó una voz alta y ronca:

—¡Paso, paso, señores!... Hoy lo tienen en la pila, y cuando sea grande lo dejarán morir de hambre... ¡Bribones!

Era el viejo tribuno del gabán verde que estaba sobre la escotilla del dormitorio de muje-

res. Muchos se destacaron repentinamente del grupo de curiosos. Otros clamaron contra él; otros le hicieron coro. Pero la gritería festiva de los chiquillos ahogó sus voces.

Apenas puso el pie en el camarote, la parida se dejó caer sobre su baúl aniquilada; el padre puso al niño en una litera, y el padrino y la madrina sacaron los regalos. Y entonces comenzaron las exclamaciones de admiración y de agradecimiento, á dos voces.

—Pero ¿qué hace? ¡Ustedes se toman mucha molestia! ¡Es demasiado! ¡Más, alto! ¡oh! ¡pero qué santa criatura! Pero ¿esto es todo para mí? ¿Y esto otro también? ¡Oh! ¡santo Dios bendito! —y el padre en un raptó de agradecimiento hacia el recién nacido, inclinóse hacia la litera y exclamó:

—¡Quisiera matarme, quisiera sudar sangre por tí entrañas mías!

Pero con acento tan del corazón, que prometía sinceramente una vida de trabajo y de sacrificio por aquella criaturita nacida entre el mar y el cielo, á mitad de camino entre la perdida patria y una tierra desconocida, sin mas bienes en el mundo que los brazos y el valor de su padre!...

Y después...—¡Cállate, vieja loca!—gritó brutalmente á la mujer, que lloraba, y le echó los brazos al cuello.

La señorita entonces se volvió hacia el gari-

baldino que estaba con la cara pegada al ventanillo, é indicándole aquel abrazo, le hizo con el índice un signo de vituperio, y después dijo afectuosamente, sonriendo:

—Esa es la familia.

Él no respondió.



XIII

EL MAR DE FUEGO

PERO el bautizo, lo mismo que la fiesta del Ecuador, no fué mas que una corta tregua á la irritación que serpenteaba á proa por efecto del creciente calor; en particular, entre las mujeres, la cuales estaban cada día más aburridas de aquel género de vida tan distinta de todas sus costumbres. Desde hacía varios días había estallado la enfermedad contagiosa del pequeño latrocinio, y con ésta, la fiebre general de la sospecha; las toallas, las zapatillas, los trapos viejos desaparecían como por encanto; los despojados creían reconocer sus ropas entre las manos de la una y de la otra, y á cada momento se veían acudir al sobrecargo dos desgredadas temblorosas, con muchachos de la mano, con el cuerpo del delito debajo del brazo, se-